PEPE CANAL, amigo mio

Por Jesús Delgado Valhondo

Cuando un poeta se muere algo se le muere al mundo; algo tuyo se muere. Y, sin embargo, también hay un nuevo nacimiento en el recuerdo que dulcifica y entristece, hasta adquirir un tinte de melancolía donde brota el recuerdo como un secreto manantío de sentimientos.

Exigiría, como asignatura, a partir de cierta edad, una hora diaria dedicada sólo y exclusivamente a la meditación. Abrir ventanas al nuevo día, aventurar horas próximas, a volver a tiempos andados, a pensar.

Y el que escribe se pone a pensar en su amigo y le da vida cuando lo regresa a su memoria, a momentos que vuelve a vivir, a risas y llantos, a calles y paseos, a juventud y a eternidades; que es una edad cualquiera sin fecha y sin sombras.

Pepe Canal fue poeta de siempre. Desde que tenía doce, catorce, dieciséis años de edad. Lo sabía y le animaba. Creía en mi porque yo creía en él. Sus poemas, sus «llamas de capuchina» eran propias de un hombre de extraordinario ingenio. Hablar con él era un placer donde uno se sentía agradablemente confortado y conformado. Pepe fue siempre un trallazo que me levantaba el alma del asiento del tedio.

Pepe Canal fue un lector incansable y reposado. Sabía elegir una obra como nadie. Por eso fue crítico honesto y excepcional, fino y profundo. Uno de los críticos que, por su gran cultura, merecería el aplauso de todos los lectores de la revista ALCANTARA donde ha dejado una obra tan completa sobre el movimiento literario de los últimos cuarenta años y de creación que bien merecería la pena recoger y publicar.

Pepe Canal era un lujo para Cáceres. Ciudad a la que amó y cantó. A la que dio lo mejor que tenía: su sensibilidad creadora y su sabiduría.

Pepe Canal, con Fernando Bravo, Tomás Martín Gil y el que escribe esta crónica que nunca hubiese querido escribir, fundó la revista literaria ALCANTARA. Puso todo su entusiasmo, todo su saber y todo su trabajo. Cuidaba la revista como cosa propia, en realidad así era. Cosa propia de Pepe Canal.

Los poemas de Pepe Canal son una maravilla del bien hacer y del bien decir. Una lección que deben aprender las nuevas generaciones. Trataba al lenguaje con una limpieza y una fecunda veracidad envidiable Muchas veces, creo yo, ponía el alma de rodillas.

En unas Justas literarias le dieron a él el primer premio y a mí el segundo. Un premio el mío casi de consolación. Y me alegré del éxito de mi amigo. Su triunfo fue para mí más festejado que si me lo hubiesen dado a mí. Y es porque lo quería. Me di cuenta después que eso era precisamente un acto de verdadera y gran amistad. Sus triunfos fueron siempre para mí casi más que los propios.

No sé cuanto tiempo tendré para recordar. Para ir contigo de nuevo a sentarnos en el silencio de un banco del paseo de Cánovas. Algunas veces nos dábamos cuenta que era noche avanzando a la madrugada por que veíamos pasar a los cazadores de tórtolas en el agosto cacereño.

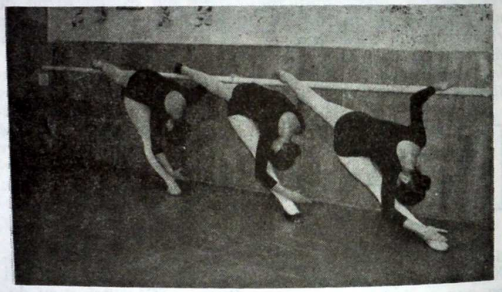
Cuando vuelva a Cáceres lo buscaré por las calles y por las plazas. Me iré al barrio de San Mateo a recordar nuestras cosas. A dialogar con la piedra. Y estaré escondiéndome en mí mismo para que no me vea antes que yo a él. Porque, Pepe, ahora, como antes, hablaremos de libros y de versos y nos contaremos los silencios vividos y los que nos quedan por morir.

LA DANZA

Por Ana María Hernando

No cabe duda de que si bien el arte, a nivel de espectáculo o de placer estético, es algo propio de sociedades evolucionadas y ricas, de altos niveles económicos, el arte como necesidad espontánea y como brote natural se da en los ambientes más insospechados e incluso en los grupos sociales aparentemente menos organizados para su desarrollo sistemático. Y hay algo en la actitud heroica del arte por el arte que mantiene su propia supervivencia.

Cáceres, tierra seca y limpia, es cantera de artistas. Y lo es en la más difícil, la más lenta y la más completa de las artes: La «danza clásica». Un arte exigente y duro. Porque si la música se sirve del sonido, la plástica



de la materia, el color y la forma y la literatura de la palabra, el bailarín construye su obra con su propio cuerpo y él mismo se hace forma, palabra, sonido y color en una difícil alquimia que lo transforma de autor en obra y al que todas las demás artes rinden tributo: La música forma su atmósfera, el color su relieve, la escultura lo encarna, la literatura le da un motivo, la arquitectura un entorno. Y el bailarín, si bien las acepta todas, no necesita a ninguna de ellas, pues las lleva en sí y las crea por sí mismo en su movimiento. Me refiero, claro, AL BAILE, no a los bailes. Los bailes están en el folklore y en la expresión de todos los pueblos y son de por sí historia humana y caudal de cutlura. Son además asequibles y gratos. No se requiere para aprenderlos nada más que la atracción hacia ellos y un mínimo imprescindible de gracia natural. LA DANZA, con mayúsculas, es un concepto superior para el cual la selección es rigurosa y las aptitudes han de ser evidentes.

La formación de un bailarín se basa en la disciplina que desde el primer día, en todo su comportamiento, será rigurosa. Aprenderá cortesía, comedimiento, obediencia, respeto al maestro, aceptará ritos y dominará sus impulsos. Tendrá que educar su oído, su sentido del color, de la proporción, de la armonía, de la forma. Irá, con cierta paciencia, educando su cuerpo en la elasticidad, la esbeltez y la fuerza. Corregirá los defectos congénitos de su cuerpo hasta hacerlo apto para el más difícil y grácil de los movimientos. Recibirá la formación de un atleta, más la gracia suficiente para no acusar el esfuerzo. Sabrá matizar como un director de orquesta y expresar como un actor. No, no es fácil. Muy pocos llegan al final. Muchos se quedan en el camino del aprendizaje. Y gracias a los muchos que se quedan, pero que han aprendido a distinguir y a valorar, los que llegan pueden decir la última palabra sabiendo que se les entiende. Entender, simplemente entender ya es difícil. Y entender es el primer paso de una sociedad que evoluciona.

Esta disquisición es un preámbulo para explicar que desde hace catorce años varios cientos de alumnas han recibido en Cáceres esta difícil enseñanza. Muchas renunciaron el primer año por incapacidad natural. Otras, porque tras años de enseñanza se encontraron sin tiempo para una actividad complementaria. Otras se desanimaron ante la mala acogida que los conservatorios de otras provincias hacen a los alumnos no formados en ellos. Otras han continuado y han visto revalidados sus esfuerzos.

No sabemos si más adelante, entre nuestras figuras ilustres, habrá una bailarina de talla internacional. O bien un buen maestro que siga transmitiendo *el arte a las siguientes generaciones*. Lo que sí es cierto es que, en estos años, hemos ido formando una élite de entendidos. Mejor dicho, de entendidas. Porque inexplicablemente, ningún muchacho ha tenido o le han permitido tener la vocación por la danza. Y es lástima, porque la formación física de un bailarín es superior a la de un gimnasta o incluso un yudoca y se acompaña también de la formación artística e intelectual. Y realmente hace falta vocación para perseverar en la práctica de la más perfecta, completa y efímera de las artes. La danza no «queda» como queda un cuadro, una escultura, un poema o un templo. Sólo vive mientras «es» y sólo es como destello en el tiempo. Antes eran lo mismo con la música y el canto, a las que la grabación acústica ha rescatado de la fugacidad. También el cine ha capturado a la danza, pero su difusión no se ha logrado aún. Por eso es aún extraño, difícil, poco conocida y poco gozada. Hay prejuicios sociales que inhiben vocaciones y aptitudes. Se considera a las bailarinas como seres ligeros de cascos, fáciles a la decadencia y con escaso bagaje cultural. Se tiene tendencia a creer que un bailarín ha de desembocar necesariamente en la sodomía o en el amaneramiento. En nuestra cultura, machista aún, un hombre es más hombre si da puñetazos o es agente secreto, cuando realmente ser más hombre es potenciar más las facultades físicas e intelectuales. No, las cosas no son así, aunque suceden así. Y hoy día, en que la prisa y el sedentarismo son plagas humanas, en que la creatividad es difícil en una sociedad sometida a moldes y slogans, poder entregarse a una actividad sana, rica, educativa y liberadora, es un don que aún nos queda en nuestra defensa contra el materialismo. Practicar un arte es un privilegio. Cultivar LA DANZA es algo más.

Curiosidades literarias

Por Ricardo Senabre

1.—EL PRIMER «OVNI» DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Las noticias sobre los llamados "objetos volantes no identificados" con que frecuentemente nos sobresaltan los medios de difusión, acarrean en igual medida recelos y curiosidad, actitudes de burlón escepticismo y adhesiones fervorosas. Tales noticias, sean o no ciertas —que eso no hace al caso— han dado origen a una copiosa literatura en la que, por serlo, no importa ya tanto la veracidad como la verosimilitud de las historias inventadas. Las anticipaciones geniales de J. Verne o de H. G. Wells —como las más modestas de nuestro olvidado "coronel Ignotus"— tienen su continuación natural en estos productos que editoriales y empresas cinematográficas nos ofrecen con notoria contumacia. Como de costumbre, la literatura se nutre de literatura. Si ya no tenemos endriagos, gigantes y encantadores a los que temer, se nos ofrecen extraterrestres proteiformes dotados de percepción extrasensorial, que usufructúan complejísimos ingenios voladores ante los cuales nuestra técnica es pura filfa. Lo curioso es que, en el siglo XVI, los autores de libros de caballerías tenían a la mano algún dato histórico que, bien aprovechado, hubiera permitido iniciar la literatura sobre "ovnis" que tan tardíamente ha aparecido en nuestro firmamento. En la Crónica del halconero de Juan II, Pedro Carrillo de Huete (edic. de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1946), y en su capítulo CLIII, se lee lo siguiente, referido a los sucesos del año 1432:

> «Estando el señor Rey don Jhoan en Fuenteguinaldo, logar del conde don Garçía Fernández Manrrique, miércoles a çinco días de nobienbre del dicho año, salió el dicho señor Rey a andar por el canpo, e con él su condestable don Albaro de Luna, e otros cavalleros de su casa. E facía claro este día, e gran sol. E vido el señor Rey e los que con él estauan vn color de fuego que yva por el çielo corriendo, e dende a quanto vn ome pudiera dar çien pasos dio vn tronido muy grande, que sonó siete e ocho legoas dende.»

El cronista ha recogido puntualmente, en una descripción que hoy nos resulta familiar, lo que el rey don Juan II y sus acompañantes vieron una clara mañana de noviembre de 1432 en el cielo salmantino. El dato histórico estaba allí. Si Amadís y los Palmerines no lucharon contra "ovnis" como éste fue porque sus modelos eran las epopeyas antiguas, y no tanto la historia coetánea. Habría que esperar aún varios siglos para que la historia se transformase definitivamente en ficción.

2.—TEBEOS EN EL SIGLO XVI

Los historiadores del tebeo (así, por ejemplo, Luis Gasca, en Tebeo y cultura de masas, *Madrid, Prensa Española, 1966) se han esforzado por rastrear lo más lejos posible en busca de manifestaciones que pudieran aducirse como precedentes de este moderno medio de expresión: sellos mesopotámicos con dibujos en el año 3000 a. de J. C., inscripciones egipcias, mosaicos romanos, tapices medievales, vidrieras... No obstante, en todos estos casos se echan de menos algunos de los rasgos esenciales que caracterizan el lenguaje de los tebeos: falta el texto o faltan los dibujos, y, cuando aparecen ambos elementos, carecen del "bocadillo" que, en cada viñeta, encierra las palabras y las hace brotar de la boca de un personaje. La viñeta así concebida no parece anterior al último tercio del siglo XIX, si prescindimos de antecedentes más bien dudosos. Sin embargo, la viñeta ha existido antes, y ha tenido, además, una función comunicativa similar a la de hoy. La conjunción de dibujo y texto puede proporcionar una gran cantidad de información en un espacio reducido, y esto, dejando aparte otros posibles factores de naturaleza estética, explica el uso de la viñeta por razones económicas y en momentos o circunstancias en que la escasez de papel obliga a comprimir la forma del mensaje. Es comprensible también que, dada la fragilidad de estos papeles y el hecho de que hasta el siglo XIX no pasaran del estado de manuscritos únicos —como las cartas— con un destinatario individual, no se nos hayan conservado muestras de tan rudimentarias viñetas. Sí tenemos, en cambio, constancia de que se produjeron.*

Entre la serie de textos que el gran bibliógrafo extremeño Bartolomé José Gallardo copió, preservándolos así del olvido, para su monumental Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos, *figura una de las obras más significativas de los años postreros del siglo XVI:* La Relación de la cárcel de Sevilla, *de Cristóbal de Chaves, libro tan importante para historiadores como para simples degustadores de literatura, y que todavía aguarda —¿hasta cuándo?— una edición moderna. Narra Chaves algunos trabajos de encargo que los presos realizaban para ganar dinero, y escribe (*Ensayo, *columna 1356): "Hay muchos presos que ganan su vida a escribir* cartas y billetes de amores *para fuera de la cárcel; y otros que se sustentan de saber pintar al cabo de los billetes un corazón pasado con sus saetas; y otros a pintar un hombre de rodillas en el billete con unos grillos, y una dama que tiene de la mano la cadena, con una copla que le sale de la boca, que declara su pasión y la enigma de la cárcel". Esta última es, claro está, una viñeta trivialmente alegórica: el hombre encadenado y arrodillado ante una dama que sostiene la cadena representa el "cautivo" de amor. Lo decisivo, sin embargo, es que el hombre tiene "una copla que le sale de la boca" —el "bocadillo" de los tebeos, sin duda—, es decir, versos amatorios al uso que el enamorado enviaría luego a la dama de sus sueños. Estos trabajos de encargo constituían, pues, auténticas viñetas que, enlazadas en serie —según la constancia del enamorado—, equivalen al "comic" o tira que a principios de nuestro siglo se extenderá hasta alcanzar las dimensiones de la página. Los antecedentes del tebeo español están en la cárcel.*